

A photograph of a chessboard with a wooden king and a grey rook on a black and white checkered surface. The background is a soft, out-of-focus light grey.

6^{to}

Congreso
Latinoamericano de
CIENCIA POLÍTICA

12, 13 y 14 de junio de 2012
FLACSO Sede Ecuador



Nombre de la ponencia: Una visión orwelliana del proceso de dominación política en el Ecuador.

Autor: Sebastián Vallejo Vera, VALLEJO086@GMAIL.COM

Área temática: Teoría política

Trabajo preparado para su presentación en el VI Congreso Latinoamericano de Ciencia Política, organizado por la Asociación Latinoamericana de Ciencia Política (ALACIP). Quito, 12 al 14 de junio de 2012.

Resumen

La ponencia se centra en la aplicación del modelo político propuesto por George Orwell en "1984" en el desarrollo político en el Ecuador (desde 1979 hasta el 2003). El trabajo toma los elementos del el orden político desarrollado por Orwell y los compara con el accionar político nacional. Explora los aspectos en que la dominación política en el Ecuador encaja dentro de la teoría orwelliana. El trabajo busca determinar las áreas dónde la construcción social, política y económica han terminado con un ejercicio real de la democracia. Una mirada crítica a los elementos que componen el aparato de dominación y el accionar político que la han mantenido.

PRINCIPIOS FUNDAMENTALES DE LA TEORÍA DE LA DOMINACIÓN DE GEORGE ORWELL

La teoría de la dominación propuesta por George Orwell en *1984* se presenta, más que como teoría, como una serie de parámetros y principios de gobierno a través de una *distopía*. En la sociedad orwelliana podemos encontrar una variedad de repertorios ideológicos, sin embargo, “la ideología dominante es la pública, la que está al servicio de los poderosos y la que se supone que sirve de *lingua franca* ideológica” (Thomas, 1998, p.147). “Lo que Orwell hizo, no fue prever el futuro, sino observar las implicaciones del presente” (Cronkite, 1983, p.1), y ese presente se avizoraba como una serie de medidas que garantizaba seguridad, estabilidad política y continuidad de gobierno, cualquiera que esta sea a cambio de la libertad. *1984* es “el opuesto exacto de esas estúpidas Utopías hedonistas que los viejos reformistas imaginaron. Un mundo de miedo y engaño y tormento, un mundo de pisotear y ser pisoteado, un mundo que crecerá, no menos, sino más despiadado a manera de que se refina. Progreso en este mundo será progreso hacia más dolor. Las viejas civilizaciones pregonaban haber sido fundadas en amor y justicia. En nuestro mundo no habrá más emoción que el miedo, la ira y el triunfo” (Orwell, 1983, p.220). Los principios básicos del *Ingsoc*¹, y por lo tanto parte de la teoría de la dominación de George Orwell, están regidos por:

GUERRA ES PAZ
LIBERTAD ES ESCLAVITUD
IGNORANCIA ES FUERZA

La guerra, la confrontación, ya sea bélica o política, en la *distopía* orwelliana, es un “combate (...) entre dos combatientes que son incapaces de destruirse entre sí, (...) y no están divididos por ninguna diferencia ideológica” (Orwell, 1983, p.153), una guerra que promueve como fin específico el poder, no una visión política o de desarrollo. En este sentido, la búsqueda de un estado de guerra constante es también un sistema económico que apoya cualquier estructura que procure una jerarquía. La búsqueda de poder, a través de la dominación política, lleva a una visión determinada de lo que debe ser el desarrollo económico. “Está claro que un incremento generalizado de la riqueza amenazaba con la destrucción, de hecho en algunos casos supuso la destrucción, de una sociedad jerarquizada” (Orwell, 1983, p.156). El estado de pobreza en que pueda sumirse a una sociedad no es necesariamente una decisión que busque el enriquecimiento individual o puntual de un grupo político o de poder, el enfoque orwelliano explica que un “estado generalizado de escasez incrementa los pequeños privilegios y, por lo tanto, magnifica las distinciones entre un grupo y otro” (Orwell, 1983, p.158). Concepto aplicable para la repartición de poder y los privilegios que este puede generar.

Este estado constante de guerra y confrontación permite el establecimiento del *statu quo*, el mismo que se mantendría de tener un estado de paz constante, pues en ese caso cada casta de poder sería “un universo autónomo, libre por siempre de la influencia aleccionadora de los peligros exteriores. Una paz realmente permanente será igual que una guerra permanente” (Orwell, 1983, p.164). *Ergo*, la “guerra es paz”.

EL PARTIDO

En la dominación política explicada por Orwell, la visión política está dada por un Partido o una agrupación específica, cuyo impulso no es representar al Estado ni a la sociedad civil,

¹ Abreviación para *English Socialism*, evolución gubernamental ficticia del marxismo, opuesta al capitalismo agresivo que se presentaba en Inglaterra antes de la I Guerra Mundial.

sino los intereses particulares. Es así como estos grupos adoptan los sentimientos colectivos olvidando las necesidades individuales. No se busca que exista un levantamiento de “(...) la moral de las masas, (...) sino un levantamiento de la moral del Partido en sí” (Orwell, 1983, p.158). Es una manera que permite eliminar cualquier tipo de conciencia individual, de visión personal, de ideología propia. Esto lleva a la ignorancia, traducida también en indiferencia, que es lo que permite que tanto los Partidos como los grupos de poder, puedan actuar libremente en sus afanes de dominación política. *Ergo*, la “ignorancia es fuerza”.

JERARQUIZACIÓN DE LA SOCIEDAD

Orwell, paradójicamente, coincide con la visión marxista-materialista de la historia², pero más que enfocarse en la lucha de clases busca los mecanismos utilizados por las diferentes clases para dominar políticamente y las consecuencias que esto ha traído. En el mundo orwelliano, la jerarquía social está dividida en clases Alta, Media y Baja. “El propósito de los Alta es mantenerse donde están. El propósito de la Media es cambiar lugares con la Alta. El propósito de la Baja, cuando tienen un propósito, pues es una característica reinante de la Baja estar tan aplastado por sus propias inconveniencias para estar más que intermitentemente conscientes de cualquier cosa fuera de sus rutinas, es abolir toda distinción y crear una sociedad donde todos las personas sean iguales” (Orwell, 1983, p.166).

La posición de la Baja, *proles*, está determinada por su condición de masas. Para lograr un cambio en las estructuras sociales reinantes, es necesaria que las masas sean movilizadas. “*Si hay esperanza* (escribe Winston), *esta se encuentra en los proles*” (Orwell, 1983, p.60). Las ideas no derrocan gobiernos. Las grandes masas lo hacen. Los tecnócratas creen que un país se construye desde un escritorio. Los teóricos creen que las masas son movidas por una idea. Las masas son movidas por una necesidad. La libertad más amplia de manejo político es precisamente dada a la *prole*. “Como lo pone el slogan del Partido: *La Prole y los animales son libres*” (Orwell, 1983, p.62). Libertad dada por las cadenas de la esclavitud atadas por su ignorancia. *Ergo*, la “libertad es esclavitud”.

LA VISIÓN DEL PARTIDO ESTÁ BASADA EN LA FIGURA-LÍDER. CONTINUIDAD DEL SISTEMA DE DOMINACIÓN

Este personaje mesiánico refleja las virtudes del sistema y son de él los triunfos que se puedan dar. “El Gran Hermano es infalible y todopoderoso. Cada triunfo, cada logro, cada victoria, cada descubrimiento científico, todo el conocimiento, toda la sabiduría, todas las virtudes, vienen directamente de su liderazgo e inspiración” (Orwell, 1983, p.171). Este cacique es la imagen que da vida al Partido y justifica la estructura social. Es la personificación del sistema y es el eje que mueve al Partido. “La función del Gran Hermano es actuar como un punto de foco de amor, temor y reverencia, emociones que son sentidas más fácilmente hacia un individuo que hacia una organización” (Orwell, 1983, p.171). El líder no es necesariamente quien lidera, pero sí hacia quien se dirigen las emociones que parten del liderazgo del Partido.

La continuidad del sistema de dominación no está dada necesariamente por la perpetuidad física del líder. “*Quien ostenta el poder no es importante, siempre y cuando la estructura jerárquica se mantenga siempre igual*” (Orwell, 1983, p.173). Lo importante dentro del sistema de dominación política orwelliano es mantener el *statu quo* vigente. La manipulación

² “La lucha de clases es la fuerza motriz de la historia. Pero esto significa la lucha de los esclavos contra sus amos, de los campesinos contra los terratenientes, de los obreros contra los capitalistas. En todas las grandes revoluciones sociales y políticas la fuerza motriz principal, y en todo caso la fuerza de choque, la fuerza más decidida y audaz, fueron las masas trabajadoras”. (Konstantinov, et al., 1973, p.27).

de datos se asemeja a los números usados en tiempos de campaña así como durante y después de gobiernos. De la misma manera en que son glorificados las celebridades y héroes nacionales (e indígenas), idealizados, perdiendo el sentido de lo real, son fabricados mitos alrededor de personajes ficticios.

Asimismo, como se hiciera en el nazismo democrático, la figura del enemigo único es utilizada para direccionar todas aquellas falencias que puedan existir en el sistema.

Como era usual, la cara de Emmanuel Goldstein, el Enemigo del Pueblo, apareció en la pantalla. (...) (Goldstein) era el traidor principal, el primer desertor de la pureza del Partido. Todos los crímenes subsiguientes en contra del Partido, todos los engaños, actos de sabotaje, herejías, desviaciones, venían directamente de sus enseñanzas. (Orwell, 1983, pp.13, 14)

Finalmente, las fallas que pueden existir en el sistema, no son más que la naturaleza propia del sistema de dominación a través de la ideología planteada. Es así como en 1984 “la ideología oficial abunda en contradicciones incluso cuando no hay una razón práctica para ello” (Orwell, 1983, p.178).

DOMINACIÓN A TRAVÉS DE LA DESNATURALIZACIÓN DE LO HUMANO

A esto se aumenta los prototipos de comportamientos que se imponen y las reacciones que estos generan. Al igual que la sensación que provocan los comerciales idealizados que muestran una generalización perfecta de la *ecuatorialidad* imperturbable e intachable. Parecería fácil creer que “el tipo físico construido por el Partido como ideal (jóvenes altos y musculares y mujeres de pecho bajo, rubias, vitales, bronceadas, despreocupadas) existía e incluso predominaba” (Orwell, 1983, p.53). Grupos de poder que buscan la manipulación de la realidad pero también la alteración de la naturaleza humana. Tabúes que infectan nuestra sociedad venidos de una religiosidad vana y poco fundamentada. Una doble moral practicada por la iglesia, perpetuada por la *curuchupada* oligárquica y aprovechada por los sectores de izquierda.

EL PODER

En la *distopía* orwelliana “el poder no es un medio; es un fin” (Orwell, 1983, p.217). Y el poder “es colectivo. El individuo solo tiene poder en algo, hasta que deja de ser un individuo” (Orwell, 1983, p.218). Este poder colectivo, manejado por los grupos de poder, está recompensado por un grado de seguridad. Este poder ejercido a través de un sentimiento de seguridad brindado a la sociedad, es una reacción a las decisiones a las que tiene que llegar la sociedad civil dentro de la construcción del contrato social, tanto así, que una “ausencia de libertad cómoda, suave, razonable y democrática, señal de progreso técnico, prevalece en la civilización industrial avanzada” (Marcuse, 1968, p.23). La “decisión de la humanidad se encuentra entre la libertad y la felicidad (y) para gran mayoría de la humanidad, la felicidad era mejor” (Orwell, 1983, p.216). Podemos captar, entender y analizar la metodología de los procesos de dominación, pero resulta aún más crucial saber las razones para los aciertos y engaños dentro de los procesos de dominación.

COMENTARIOS

1984 no necesariamente busca una realización del proceso textual de lo escrito, pero sí una mirada simbólica a las repercusiones actuales de dominación por parte de los grupos de poder. No es una crítica hacia los procesos de dominación, es una mirada a las consecuencias de ciertos actos y la desnaturalización del ser humano frente a estos.

Rara vez un libro ha provisto de una mayor riqueza de símbolos para esta edad y para las generaciones venideras y rara vez los símbolos literarios han sido invertidos con tanto poder, (...) por lo que han sido tan apropiados, y porque las características que (Orwell) delineó, descomunales como lo fueron, también fueron tan familiares (Cronkite, 1983, p.1).

¿Si *1984* no es una profecía, entonces, qué es? “Es, como muchos lo notaron, una advertencia” (Cronkite, 1983, p.2). Y sería una lástima si se interpreta la obra como una simple descripción del barbarismo estalinista o del nazismo hitleriano; o, peor aún, como una crítica directa al socialismo y el comunismo; porque George Orwell también se refería a nosotros. No esperemos encontrar una descripción exacta con la actualidad para ver las similitudes. La Oceanía de *1984* es el resultado final de todas estas prácticas que, a simple vista, parecen tan fáciles de encontrar en nuestra propia sociedad y que, con una adecuada comparación, podrán ser desentrañadas de las páginas de la historia. “Puede que 1984 no haya llegado a tiempo, pero siempre habrá 1985” (Cronkite, 1983, p.2). No es la fecha, ni el lugar, ni el nombre: es la posibilidad.

PROCESO DE DOMINACIÓN POLÍTICA EN EL ECUADOR DESDE 1979 HASTA EL 2003: UNA VISIÓN ORWELLIANA.

LA JERARQUÍA DE LA SOCIEDAD: MASA, CONFLICTO Y DOMINACIÓN.

Presentados como entes irracionales, las masas en *1984* son una manifestación popular cuya presencia en el aparato del Estado no determina un cambio estructural; ni significa, pese a las presiones que puedan tener, una materialización de los deseos de un movimiento dentro de las políticas públicas. Al igual que en *1984*, el conflicto es un fenómeno necesario y parte desde una propuesta democrática para la creación de las instituciones. “Si las instituciones son capaces de gobernar al conflicto, es porque el conflicto precede a las instituciones, las cuales son producto de los conflictos” (Sánchez-Parga, 2010, p.20). Partiendo de esta consideración, resultan acertadas las siguientes interrogantes: ¿los paros nacionales y las movilizaciones llevaron a cambios estructurales dentro del aparato del Estado? ¿Hasta qué punto los procesos de reivindicación social fueron parte del andamiaje público y consolidado dentro de la institucionalidad?

Las características de los conflictos, dentro de la sociedad ecuatoriana, están determinados por su baja intensidad y la falta de “un conflicto central estructural y estructurante del resto de la conflictividad” (Sánchez-Parga, 2010, p.15). No ha existido la profundidad necesaria dentro de los conflictos para que las propuestas de estos, cuando las hay, puedan ser expresadas y consolidadas en el Estado. El fraccionamiento de los grupos sociales, su heterogeneidad y la falta de consensos para crear propuestas viables dentro la estructura social, económica o política de un gobierno terminan por restarle validez a estas expresiones colectivas.

El resultante es una gran cantidad de paros y movilizaciones pero una muy baja efectividad de cada uno de ellos. Es precisamente por esa ligereza con la que los movimientos sociales han tomado estos conflictos, que las reacciones del colectivo social hacia ellos son de cotidianidad, más que de la efectiva necesidad de institucionalizar estas manifestaciones. Ante esta realidad, los sectores dominantes no ven la necesidad de resolver el conflicto, basta con aplazarlos, “y por ellos se vuelven reincidentes y acumulativos” (Sánchez-Parga, 2010, p.16). No por eso los conflictos dejan de suceder. Únicamente pierden su efectividad, y sin esa efectividad, no son más que expresiones violentas de una sociedad, que pueden ser manejados de la misma manera por los gobiernos y los grupos de poder.

A cuenta de esto, la manipulación de las expresiones sociales ha sido evidente. Los movimientos sociales pierden su legitimidad ante la opinión pública cuando sus reivindicaciones no trascienden a un plano institucional. Este proceso necesario para la consolidación de una manifestación pública, para la democratización de estas expresiones sectoriales, se desvanece ante la impotencia y, en la mayoría de las veces, en la completa falta de voluntad política de traducir estas acciones en reales instituciones por parte de los grupos de dominación. Actitud que responde a una obvia necesidad de no reconocer estos clamores, sino aplazarlos. La politización de los grupos sociales, lo cual “politiza cada vez más a la misma *sociedad civil*, al convertirla en la arena de un enfrentamiento político contra los gobiernos y el Estado” (Sánchez-Parga, 2010, p.57), los permeabiliza y los hace susceptibles a las manipulaciones de los las élites dominantes. Estas manipulaciones servirán, como lo explicaría Orwell, para aliar a las masas a los grupos dominantes, utilizarlas y, eventualmente, “mandarla (...) de regreso a su posición de servidumbre” (Orwell, 1983, p.166).

La dominación sobre las masas, mencionadas en el capítulo primero, no se da a través de la limitación de sus facultades. Sea el sector donde haya sido formada la concepción ideológica o política detrás de una movilización, esta gradualmente será adoptada como propia por las masas. “(Se) puede comenzar movilizándolo un sector determinado de la sociedad, para terminar movilizándolo otros sectores sociales muy diferentes” (Sánchez-Parga, 2010, p.67). Partiendo del supuesto orwelliano de considerar a las masas como entes irracionales, también se vuelven en entes cuyo dinamismo responde a realidad coyunturales; nunca con una idea general de los objetivos necesarios para establecerse como actor político.

ELIMINACIÓN SISTEMÁTICA DE LA CLASE MEDIA COMO PROCESO DE DOMINACIÓN.

A lo expuesto en el título anterior se suma la sistemática reducción de una clase media. Orwell plantea que una de las razones para que una clase dominante caiga del poder es “con la formación de una clase Media fuerte y descontenta” (Orwell, 1983, p.170). En el Ecuador hemos construido una clase media descontenta. Una clase media que expresa su insatisfacción pero que no halla los medios para hacer efectiva sus propuestas. El Estado nunca ha establecido los mecanismos de participación que incluyen a los sectores fuera del campo político, dentro de la construcción colectiva del propio Estado. Las demandas sociales y reivindicativas de la clase media están acompañadas por una reducida capacidad de acción política. Estas condiciones “la vuelve incapaz de atenuar o amortiguar los conflictos extremos entre las minorías cada vez más reducidas y fuertes de la sociedad y las mayorías cada vez más pobres y fragilizadas” (Sánchez-Parga, 2010, p.32).

La escasa participación de la clase media dentro del terreno público se ha conjugado con su reducción para extender la dominación política de los grupos dominantes en el Ecuador. Esta escasa participación se dio, en buena parte, por la reducida representación de la clase media dentro del plano demográfico. Situación a la que se puede llegar únicamente a través de una política económica deficiente, excluyente y enfocada a satisfacer las demandas de las oligarquías y los grupos históricamente dominantes. El proceso iniciado en la “década perdida” de los 80 es determinado por, según Sánchez-Parga, en grandes desigualdades que impendían cualquier distribución de riqueza y participación social. Un Congreso que nunca logró la independencia de los intereses de las clases dominantes, lo cual inevitablemente llevó a la falta de una respuesta efectiva a las reivindicaciones sociales ofrecidas en el periodo de transición.

Existe un proceso histórico en donde las clases dominantes supieron aprovecharse de las crisis económicas para poder extender su participación dentro de la toma de decisiones en desmedro de la capacidad participativa de la clase media. Eventualmente, la clase media ecuatoriana se tecnocratizó y fue perdiendo cualquier incidencia política y social que pudo haber tenido en el pasado. Sin esa clase media capaz de debatir efectivamente las tesis de dominación, no tanto por la falta de argumento pero si por la falta de medios y poder político, fue la clase baja la que sistemáticamente fue utilizada para desprestigiar al movimiento social e imponer reivindicaciones a partir de la violencia, es decir, deslegitimizando al movimiento social.

Si tomamos en cuenta los procesos económicos nacionales y globales y las consecuencias de estos procesos, será evidente la desaparición metódica de la clase media y el agrandamiento de la brecha entre los extremos.

Mientras que el PIB llega a duplicarse entre 1980 y 1998, simultáneamente se constata un empobrecimiento progresivo en la sociedad, (...) en la misma época la pobreza habría pasado del 55.9% de la población (1995) al 60.8% (2001); y los niveles de indigencia subieron en dicho período del 20% al 33.8%. (Sánchez-Parga, 2010, p.72)

En el Cuadro 1 y 2, se puede ver la evolución del PIB y del Coeficiente GINI, graficando como la realidad no es una falta de la riqueza, sino una mala distribución de la misma. Esto se puede complementar con el Cuadro 3, evidenciando que se ha complementado el olvido de la sociedad por una falta de voluntad política. Lo que resulta importante, según Orwell, es evitar tener estándares de comparación. La inversión del PIB en servicios básicos ha bajado en detrimento del pago de la deuda externa. La situación de las clases más pobres no ha cambiado. Por lo que, como veremos, la necesidad de acabar con la clase media, se vuelve una política, voluntaria o involuntaria, constante de concentración de la riqueza.

La dependencia petrolera del Ecuador iniciada en los setenta, sirvió como el primer cauce para la debacle económica de los ochenta y las posteriores ramificaciones de la misma. Un crudo que llegó a los \$35 en 1980, empezó desde entonces un deterioro sostenido hasta llegar a menos de \$9 por barril en julio de 1986. El crecimiento económico que se experimentó en los años setenta, “cubierto por una burbuja financiera y especulativa, terminó en forma abrupta y con él el tiempo para la formulación relativamente fácil de correctivos en la política económica” (Acosta, 2002, p.140). En el Ecuador nos convencimos de la posibilidad de remediar todo con el petróleo. Lo que inicialmente se pensó como una falta de liquidez, terminó por sumir en crisis al país, cuando el país rector de la política económica mundial, Estados Unidos, se empeñaron en “reorganizar el mundo para adecuarlo a los cambios de requería la nueva revolución tecnológica en marcha y, por supuesto, para su beneficio”. (Acosta, 2002, p.140) Esto de aquí complementado por las nuevas políticas reaganianas, que elevaron las tasa fluctuantes de entre 4% y 6%, hasta el 20%. Además del fenómeno global de empobrecimiento, hubo una un cambio dentro de la naturaleza de la crisis de empleo, basada ampliamente en la oferta laboral urbana y en la estructura del desempleo y las condiciones deterioradas de estos. (Correa, 2009, p.30)

Cesaron entonces dos fuentes fundamentales de ingreso para el Ecuador, los ingresos petroleros y el acceso al crédito internacional. Como consecuencia de las devaluaciones y las altas tasas de interés internacionales, la situación del sector privado endeudado en dólares se volvió insostenible, por lo que en 1983 el Presidente Osvaldo Hurtado resolvió que el Estado asumiría la deuda externa privada con la banca internacional y se invoca el retorno del capital externo para lo cual se reforma la Ley de Hidrocarburos (Arboleda y Borja, 1985, p. 17). En ese mismo año, el FMI impone sus reglas en el plan de estabilización económica,

consecuencia de la crisis producida por la Corriente del Niño, la inflación y la imposibilidad de Osvaldo Hurtado de retenerla. Se ponen en marcha el plan de sucretización de la deuda.

La irresponsabilidad frente a esta operación³, hizo que “los beneficiados de la sucretización sean bancos del exterior matrices o vinculados con oficinas bancarias de Ecuador, así como empresas extranjeras o sus subsidiarias” (Correa, 2009, p.32) La presión viene de la situación económica interna y los grupos de poder, que Osvaldo Hurtado no pudo manejar al no contar con un sólido respaldo político ni de las élites dominantes. Esto a pesar de haber convertido al Estado en “empresa de reparaciones de los grupos económico más poderosos” (Acosta, 2002, p.171)

La gestión del presidente León Febres Cordero se caracterizó por la coherencia de sus medidas económicas y la agresividad con que fueron implementadas. El gobierno anterior preparó el terreno para una administración determinada de la crisis pero restringiendo a los sectores más desfavorecidos de la sociedad; manejo económico que fue sometido a la presiones del Fondo Monetario Internacional (FMI). Sin embargo, el programa neoliberal de gobierno planteado por León Febres Cordero “se quedó en una serie de medidas inconclusas, debido a que éstas afectaba en última instancia al grupo de poder al que representaba, donde se encontraban los sectores ecuatorianos más tradicionales y grupos empresariales con fuertes intereses corporativos en el Estado” (Sánchez, 2008, p.130).

El afianzamiento de la política neoliberal supuso la medida perfecta para el aprovechamiento de la sucretización y el atraco más grande en la historia del país. Un modelo que redujo al 12% de su valor los papeles de la deuda, lo que permitiría al Estado comprar su propia deuda a una décima parte de su valor. En el gobierno de León Febres-Cordero, sin embargo, se pusieron a disposición los papeles de la deuda, muchos creen, comprados por ecuatorianos. Con la aplicación del modelo económico del FMI, y el compromiso de destinar la mayoría de los fondos estatales para el pago de esta deuda los papeles subieron su valor nominal al 112%. En 1988 era más rentable poseer papeles de la deuda ecuatorianos que de los Estados Unidos. Esa deuda es pagada, hasta la fecha, por los ecuatorianos (Borja, 1988, p.54). “Con las medidas de *ajuste* y los programas neoliberales del gobierno de Febres Cordero (...) se inicia en Ecuador ‘el ciclo político de la economía y el gobierno económico de la política’, el cual se consolidará sobre todo con el gobierno neoliberal de Sixto Durán”. (Sánchez-Parga, 2010, p.72)

El Gobierno de Rodrigo Borja trajo la expectativa de un cambio dentro de la política económica que había dominado en el Ecuador en la última década. Sin embargo, se convirtió en prioridad la estabilización de la economía, por lo que se valió de las políticas monetarias y cambiarias. Pese a la disponibilidad de recursos (por el alza del petróleo), no pudo reactivar la economía ni atender a los sectores sociales que venían reclamando por atención prioritaria por parte del gobierno. Según Acosta, desde 1980 a 1989 la tasa anual promedio de crecimiento fue de -0,7%, la peor a nivel mundial.

En este espacio llega el presidente Sixto Durán Ballén a implementar un modelo neoliberal. Parte de su plan de gobierno fue la modernización del Estado, cambiando el rol del Estado frente al mercado y la economía. Bajo este esquema se pretendió “privatizar áreas que eran consideradas como estratégicas, así como para vender las acciones de otras empresas con inversiones del Estado” (Acosta, 2002, p.182) Se iniciaron procesos que permitirían adecuar

³ No se establecieron mecanismos para saber si la deuda declarada estaba realmente pagada, puesto que el Banco Central solo registraba los ingresos y no los pagos. “No debería sorprender pues, que pueda haberse “scretizado” más de un crédito ficticio y también créditos de otra manera irrecuperables” (Acosta, 2002, pg.: 170)

la economía nacional a las condiciones propuestas por los acreedores, reiniciando el pago de la deuda. Además, se utilizó el congelamiento cambiario como instrumento para estabilizar la economía, siguiendo un esquema de devaluaciones controladas dentro de bandas, reajustadas sucesivamente hasta principios de 1999.

Implantado este modelo económico, el gobierno presentó una Carta de Intención al FMI para la aprobación de un crédito contingente. La modernización, según esta carta, radicaba en la privatización de las telecomunicaciones, los hidrocarburos y el sector eléctrico. Esto se complementaba con una reforma al sistema de seguridad social, al mercado de trabajo y a las leyes laborales. Con estos parámetros, en el marco del Plan Brady, el gobierno renegoció la deuda, sin lograr, sin embargo, ninguna ventaja sobre las condiciones antes impuestas por los bancos internacionales. Básicamente, se favoreció la inversión financiera y no la productiva, se estableció un plan a 30 años (que fracasaría en 5 años) y generó una crisis que fue apaleándose con medidas monetaristas; medidas que no eran aplicadas cuando se trataban de intereses personales⁴. (Acosta, 2002)

En este modelo económico, asume Adbalá Bucaram la presidencia. Si bien su mandato no duró lo suficiente para implementar una política económica definida, era evidente su posición por la “convertibilidad”, tanto así que “la fuerza de los pobres”, aplicó uno de los paquetes de ajustes más duros. Se incrementaron las tarifas de los servicios públicos, se eliminaron subsidios, etc. Además se hicieron evidentes los intereses de ciertos grupos de poder dentro de la administración: Roberto Isaías, uno de los dueños de Filanbanco, era asesor de Bucaram, y Álvaro Noboa Pontón fue presidente de la Junta Monetaria. Poco duró esta gestión. Asumido el cargo por el presidente del Congreso, Fabián Alarcón, este aplicó medidas tradicionales de ajustes e incrementó el endeudamiento interno y externo.

El gobierno de Jamil Mahuad, “en sus acciones, prefirió atender a las demandas del gran capital, marginando, una vez más, a la mayoría de la población” (Acosta, 2002, p.188) Así, para el salvataje de Filanbanco se entregaron 416 millones de dólares en 1998; para la rehabilitación del Banco de Fomento, se entregaron 20 millones de dólares. Se aprobó la Ley de Reordenamiento de Materia Económica en el Área Tributaria-Financiera (Ley de Garantía de Depósitos o Ley AGD), para la cual se creó la Agencia de Garantía de Depósitos (AGD), lo cual garantizaba en un 100% los depósitos en los bancos. La AGD no tenía poder coactivo, lo cual sirvió para “garantizar” el mal manejo de ciertos bancos (Correa, 2009). Al día siguiente de la aprobación de la ley AGD, se le entregaba colapsado, al Estado, Filanbanco. Se eliminó el impuesto a la renta y se lo sustituyó con un impuesto del 1% a la circulación de capitales y se aprobó, gracias a la “aplanadora” legislativa, un Presupuesto del Estado para 1999 que tenía un déficit estimado del 7% del PIB (Acosta, 2002). Eventualmente, la débil banca ecuatoriana reaccionó contra este tributo, por lo que fue revertido en el 2000 con la Ley Trole II, que estableció una vez más, el impuesto a la renta.

La política económica de Lucio Gutiérrez continuó con el mismo modelo de sus predecesores, ayudado por el incremento del precio del petróleo. A un mes de iniciado su gobierno, firmó la decimotercera Carta de Intención con el FMI. Dentro de las condiciones que se manifestaban en la carta, constaban el congelamiento de las pensiones jubilares, la paralización de los préstamos quirografarios otorgados por el Instituto de Seguridad Social (pese a ser una entidad autónoma), congelamiento de los sueldos y salarios de servidores públicos, la entrega de la administración de las compañías eléctricas y telefónicas a empresas internacionales, etc.

⁴ Pese a pregonar la liberalización de la economía, el gobierno de Sixto Durán Ballén no tardó en intervenir en el Banco Continental.

La más interesante de las cláusulas hacía referencia a la contingencia en el servicio de la deuda externa a favor de los acreedores⁵. Una vez más, se pudo constatar la influencia de los grupos de poder dentro de los estamentos gubernamentales con la presencia de Mauricio Pozo como Ministro de Economía⁶. La implementación de un modelo ortodoxo y conservador de la economía, con un gasto público controlado para evitar problemas fiscales y la puesta en funcionamiento del Fondo de Estabilización Inversión Social y Productiva y Reducción del Endeudamiento Público⁷ (FEIREP), “tuvimos las tasas de crecimiento no petrolero más bajas de la última década (...), por lo que la tasas de desempleo pasó de 9,2% en 2002 a 11,5% en 2004” (Correa, 2009, p.105).

El proceso histórico del cual las clases dominantes han sabido aprovecharse, ha sido el proceso de crisis económica plagado de una mala administración político/económica y el abuso de las instituciones creadas desde el gobierno central: sucretización, neoliberalismo, deuda externa, etc. Si bien el caso orwelliano propone una búsqueda del poder por la satisfacción del poder, las condiciones para lograr este Estado vienen de una participación activa en el régimen económico que termina por desaparecer a los focos de resistencia y, con ello, perpetuar la dominación. Es por eso que muchos de los cambios políticos no resuelven los cambios estructurales del Ecuador. La prole solo ha visto cambio de dominador. La incidencia internacional de las medidas económicas y el apoyo inconmensurable de los gobiernos para satisfacer las prebendas “impuestas” (alguien debe aceptar las condiciones) por los organismo internacionales y la manipulación de leyes que benefician, en última estancia, a los grupos de dominación.

Mientras mayor ha sido el crecimiento económico, mayor ha sido la concentración de la riqueza. Las políticas económicas implementadas por los Gobiernos no han podido responder a las necesidades sociales, pero lo sí a los intereses de los grupos de poder. El coeficiente GINI (Cuadro 2), siempre por encima del 0,5, evidencia las desigualdades que se producen a causa del sistema económico, y esas desigualdades se traducen en una reducción sistemática de la clase media. Clase media que, como fue explicado anteriormente, sirve como mediador en el conflicto democrático. Sin esta clase media lo único que queda es la violencia: un estado de confrontación perpetuo. Sean voluntarias o involuntarias, las acciones que han sido adoptadas históricamente por los gobierno han servido para la consolidación y perpetuación de los grupos de poder y las élites económicas. Podemos deducir que estos han tenido una constante injerencia en este proceso. En este escenario los “puntos de comparación”, para las

⁵ Estamos obligados a pagar más deuda si el precio del petróleo superaba lo presupuestado y debíamos reducir el gasto público si los precios estaban por debajo.

⁶ “Con Pozo comienza a funcionar el OCP y el FEIREP, lo que hace que los bonos global 12 de la deuda ecuatoriana pasen de un valor de mercado de cerca del 60% en 2003, a venderse al año siguiente incluso más allá de su valor nominal, (...) mientras que uno de los bancos tenedores de la deuda era precisamente Produbanco” (Correa, 2009, pg.: 105).

⁷ El FEIREP es una cuenta de ahorro petrolero que se nutría de los ingresos que el Estado percibía por la exportación del petróleo pesado de su propiedad, que se transporta por el privado Oleoducto de Crudos Pesados (OCP). Originalmente, el 70% de los recursos ahorrados en este fondo (que en el 2005 sumaron unos \$700 millones) debía destinarse a la recompra de los papeles (bonos) de la deuda pública interna y externa. Mientras las operaciones de inversión y recompra de deuda tienen lugar, la ley establecía que el dinero que va entrando al FEIREP debe ser invertido bajo los mismos criterios técnicos con que se invierten las Reservas Internacionales de Libre Disponibilidad (RILD) del país. Esto es, los fondos solo podían ser enviados a bancos internacionales con calificación de riesgo AAA (la más alta). En el mundo hay apenas 34 bancos que cumplen con los requisitos fijados por el Banco Central y, por ley, solo pueden recibir cada uno un 5% de los fondos del FEIREP. Invertido en los bancos del exterior, el dinero del FEIREP ganaba intereses de entre 2% y 3% anual. El objetivo del FEIREP, según un estudio presentado por el Banco Central al Congreso, era que el país pudiera contar con un fondo de estabilización que le permitiera hacer frente a los choques externos, como una baja pronunciada en los precios del petróleo, que podría erosionar las finanzas públicas. Hasta el 2005, con el dinero ahorrado en el FEIREP el Ecuador no había comprado ni un solo bono Global de la deuda externa, los fondos fueron utilizados para estabilizar el Presupuesto (30%) y para la recompra de la deuda pública interna, la mayor parte de ella en manos del Instituto Ecuatoriano de Seguridad Social (IESS). (Diario Hoy, 2005)

clases pobres se vuelven insostenibles, al no tenerlos. La situación ha sido llevada siempre cerca de extremos y unos parámetros de supervivencia constantes (Cuadro 4). Es precisamente cuando estos parámetros son abusados, que la violencia se convierte en acción política efectiva. Ruptura que se presenta después de la caída de Gutiérrez y que ya se convierte en parte de un análisis diferente.

Con este antecedente es posible responder a las preguntas iniciales: ¿los paros nacionales y las movilizaciones llevaron a cambios estructurales dentro del aparato del Estado? No. ¿Hasta qué punto los procesos de reivindicación social fueron parte del andamiaje público y consolidado dentro de la institucionalidad? Hasta que el objetivo de las clases dominantes se ha obtenido. Pero la respuesta viene acompañada de una realidad alemana: esta consolidación de un régimen económico enfocado a beneficiar a una minoría limitada y poderosa fue en desmedro de una mayoría que cada vez encontraba menos espacios para poder hacer valer su representatividad dentro de los espacios públicos. No resulta determinante para los sectores marginados el nombre que se le pueda dar a un grupo dominante. Las luchas por la perpetuación de aquella dominación dentro de la esfera pública, no han determinado un cambio o una mejoría para las clases bajas. “Desde el punto de vista de la Baja, ningún proceso histórico a significado más que el cambio de nombre de sus maestros” (Orwell, 1983, p.167)

FALTA DE REPRESENTATIVIDAD: PARTIDOS POLÍTICOS Y DOMINACIÓN

Los cambios propuestos y exigidos por las masas son cambios que responden a la coyuntura. Hay enfoques con dolencias específicas por parte de las clases dominadas, mientras que los grandes males escapan de su realización. Estos cambios coyunturales han sido fáciles de resolver por los gobiernos de turno. Desde el alza salarial (una respuesta que no responde a los problemas institucionales y estructurales de la sociedad) hasta la represión (la violencia sirve para deslegitimizar las causas de los movimientos sociales), nunca hubo una respuesta oportuna a las necesidades sociales. Incluso cuando la consecuencia de una manifestación social ha sido la destitución de un presidente, la respuesta institucional a estos cambios y los reemplazantes a esas posiciones (eg., presidentes interinos) han continuado, o bien con la línea tradicional de dominación, o bien no han tenido la capacidad ni el poder político para que su manejo sea efectivamente reflejado en una mejora de las clases más pobres.

Este proceso no ha tenido como consecuencia, sin embargo, que los espacios populares hayan sido foco de mayor control por parte de las élites dominante. No se ha buscado desarticular aquellos centros de los cuales puedan surgir nuevas movilizaciones. Orwell ya advertía que “solo la prole y los animales con libres” (Orwell, 1983, p.62). Y lo advertía ironizando la libertad a la que pueden aspirar las clases dominadas. Desde el regreso a la democracia, estas clases dominadas han tenido la posibilidad de ir a las urnas siete veces para la elección de presidente. La capacidad de elegir a tu dominador no te exonera de su dominación. Y esta relación entre el poder y las masas las mantiene en conflicto constante pero sin la posibilidad de que estas puedan obtener beneficio alguno de este conflicto. Si acaso, el auspicio tácito de ciertos sectores de dominación a grupos sociales ha sido siempre velando por sus intereses. Toma mayor fuerza la máxima orwelliana: “Ignorancia es fuerza”.

La única salida de representatividad que encuentran los grupos dominados es a través del apoyo de un partido político. Apoyo que sigue siendo a través de las urnas pero que no se consolida dentro de la estructura misma del Estado. Entonces, la participación de los movimientos sociales termina ahí, y la pugna por el poder, la guerra constante, es llevada a

un plano “superior” donde lo único que se busca es la legitimación a través de una votación democrática, pero que, a su vez, no representa un paso primordial dentro de la lucha por la dominación. Eventualmente, los grupos de dominación política encontraran los mecanismos para hacerse del poder.

Los partidos políticos han servido como fuente para extinguir el pensamiento independiente. El apoyo que se busca por parte de los partidos políticos no ha radicado en un apoyo a la consolidación de una institucionalidad dentro del Estado, sino a un apoyo al partido como la “única” representación de los intereses del pueblo. Aunque esta representación esté dividida en el número de partidos que han existido en cada momento político determinado. Orwell hablaba del partido único, pero manifestaba esta representación única bajo la formación de asociaciones política manifestadas a través de filosofías que son “apenas distinguibles, y los sistemas sociales que apoyan son absolutamente indistinguibles. En todo lado hay la misma estructura piramidal (y) la misma alabanza al líder semi-dios” (Orwell, 1983, p.162). No es necesario buscar el partido único cuando la variedad de partidos que nos representan son, en su esencia, indistinguibles entre ellos.

Sin embargo, estos partidos políticos han sabido adueñarse de las manifestaciones sociales y ser la identificación misma de grupos que buscan representación a través de los partidos o en la creación de los partidos. El partido se apoya en el mito para la creación de una identidad con su electorado y apropiarse del mismo. “Los mitos (...) ayudan a estructurar instituciones básicas para el funcionamiento del sistema político como son el nacionalismo, el republicanismo, el laicismo y sus opuesto, entre otros, y contribuyen a dotar a los agentes de identidad grupal, haciéndoles adquirir un sentir y una forma de actuar colectivo” (Alcántara, 2008, p.14). Es decir, ayudan a la construcción de una cultura política dentro de un determinado sistema político.

Este mito viene conjugado con un supuesto perfil ideológico que determina la condición de cada uno de los partidos. El interés real por pertenecer a un partido, o por la creación de un partido, no radica en cimentar un movimiento político que proyectará y velará por una tendencia o una ideología definida. No ha sido el papel de los partidos el de “vincular la estructura formal del sistema político con los distintos elementos de la sociedad civil” (Sánchez, 2008, p.36). Pero la idea de de una democracia partidista, o de una representación democrática a través del partido político, afianzó el interés de los grupos de dominación por encontrar mecanismo para hacerse, o tener injerencia activa y efectiva, dentro de los partidos políticos. Y fue el mismo periodo de transición que dejó como herencia “un sistema que entregaba el monopolio legal de la participación y representación a los partidos políticos”. (Sánchez, 2008, p.39) Y con esto fue posible eliminar ciertos grupos minoritarios a inicios de la década de los ochenta y permitir la adhesión de los mismos a partidos más grandes.

Legalmente, existieron los mecanismos para crear un proceso democrático dentro de los partidos políticos. “Con la intención de frenar el personalismo (...) en el Ecuador, se limitó a dos años la permanencia del dirigente máximo en la conducción del partido y solo podía ser reelegido una vez en el futuro, una vez que haya transcurrido un período, por otro período de dos años más” (Sánchez, 2008, p.42). Más allá de determinar si estos mecanismos efectivamente eran llevados a cabo, es importante determinar la importancia que se ha dado a la figura del líder del partido. El caudillismo político tiene evidentes manifestaciones en todos los sectores de la sociedad y a la vez ha generado una tendencia de líderes político a querer contar con su partido político propio. Lo que Conaghan bautizaría como *huasipungo* político (Sánchez, 2008).

La relación que podemos encontrar entre los partidos políticos y la sociedad civil determinará el verdadero fin del partido político y, más importante aún, determinará el *modus operandi* de los partidos políticos. Por tanto que es necesario hacer una clasificación de los partidos políticos y su reacción a “las distintas manera de regulara la estructura orgánica del estado y (...) las relaciones jurídicas y económicas entre la autoridad estatal y los ciudadanos y las de estos entre sí”. (Quintero, 2005, p.37) Entender su respuesta a los problemas y las tendencias globales y su visión hacia las relaciones de modernización del Estado “como forma orgánica capaz de proporcionar una dirección de carácter universalista (...) al conjunto de los intereses (...) que constituyen a la nación” (Bustamante, 1984, p.151)

Los partidos van desde la representación del “maximalismo burgués” (PSC) hasta los que se restringen a una concepción clasista el Estado (PS). Si bien la calificación es, desde una concepción ideológica, correcta; es necesario entender que estas afinidades ideológicas han pasado a ser un requerimiento, un formalismo, ante el Tribunal Electoral⁸. “Y esto, porque muchos *programas doctrinarios* se escriben y difunden con el propósito de presentar una imagen del partido al electorado, y no como una delineación de acciones a ser ejecutadas a futuro” (Quintero, 2005, p.42). No podemos pensar que lo expuesto por los grupos políticos como “tesis” (o como propuesta de campaña) será su posición real frente a los problemas centrales del país o el manejo de sus relaciones dentro del aparato del Estado.

Los partidos, independiente de la fogosidad con la que puedan adscribirse ideológicamente, operaran buscando lo que mejor represente los intereses individuales, sea o no contrario a lo prometido en campaña o la visión política por la que se votó, y lo que mejor termine por consolidarlos dentro de los grupos de dominación. Como ejemplo, el caso de cierta fracción del Partido Socialista que, pese a “proclamar ‘los postulados de la filosofía marxista’”, apoyó, en la práctica, a la candidatura de Sixto Durán Ballén. (Quintero, 2005, p.45). Un ejemplo más reciente es el del Partido Sociedad Patriótica 21 de Enero, cuyo programa político, escrito por intelectuales ecuatorianos de izquierda y progresistas, “resultó ser únicamente una pieza más de mercadotecnia electoral del candidato presidencial y un imán de atracción para fraguar la requerida alianza con el movimiento indígena y sectores de izquierda” (Quintero, 2005, p.46). El comportamiento post-electoral del presidente Lucio Gutiérrez habría demostrado lo contrario.

Orwell declara que “de cierta manera, la visión global del Partido se ha impuesto con mayor éxito en personas incapaces de entenderla” (Orwell, 1983, p.129). Y esta ignorancia, traducida también en indiferencia, es lo que permite que tanto los partidos como los grupos de poder, puedan actuar libremente en sus afanes de dominación política. *Ergo*, la “ignorancia es fuerza”. Por lo tanto, resulta necesario que el partido se consolide, organizacional y estructuralmente, de una manera determinada que les permite llegar, desde la emocionalidad política, al elector. “Los movimientos políticos oscilan entre el espontaneísmo y la organización; la ambigüedad ideológica de su programa y su concreción; la relación inmediata entre los líderes y las masas; el llamado ora emocional, ora simbólico y mítico de su programa y la llaneza de sus deseos; la heterogeneidad de la composición de la masa movilizada (...) y el origen, muchas veces engañoso, de su líder o “jefe máximo” (Quintero, 2005, p.47).

⁸“Un caso muy reciente lo constaté en las elecciones ecuatorianas de mayo 2000, cuando frente a la necesidad legal de presentar un programa doctrinario, algunos grupos y movimientos de acción electoral recurrieron, en Guayas y otras provincias, a profesionales para que ‘les escriban los programas y planes de trabajo’. En las cercanías de algunos Tribunales Electorales funcionaban estas selladoras de partidos y movimientos electorales”. (Quintero, 2005, pg.: 42)

El partido se crea, entonces, como un instrumento más para la dominación. La carencia absoluta de alguna conexión entre una línea ideológica y su accionar político explica la necesidad de encontrar el mecanismo para controlar el manejo organizacional y político del Estado, tanto más cuando esto supone prebendas para aquellos que “auspician” a dichos partidos. Lo cual no es una práctica endémica. En países como Estados Unidos, el *lobbying* (cabildeo) son prácticas amparadas dentro del marco legal y se producen, en la mayoría de los casos, de manera transparente. El votante está al tanto de las empresas, corporaciones y los intereses que rondan los curules de Washington. Es decir, parte de la sociedad civil, la parte más acaudalada sin duda, busca esa representación política dentro del Congreso norteamericano y lo hace con la venia del resto de esa sociedad civil. Una visión errónea del cabildeo en el Ecuador, ha terminado por criminalizar una práctica que, de todas maneras, se vuelve común dentro del Congreso. Esta criminalización y la necesidad de esconder cualquier influencia que pueda tener un asambleísta para votar, vuelve más difícil de prever la verdadera intencionalidad de cada uno de los representantes políticos. Al final del día, las prácticas se dan, pero se dan entre bastidores. El elector no tiene acceso a los intereses que está priorizando el candidato por el cual votó, y esta libertad permite a los grupos de dominación entrar, de manera discreta para no empañar el andamiaje comunicacional creado alrededor de un candidato, dentro de las esferas ejecutorias y prioritarias dentro de la organización del Estado.

No por lo descrito anteriormente, sin embargo, dejan de existir ejercicios de libertad dentro de los movimientos políticos independientes. Pero aún estos movimientos terminan por ser absorbidos por el sistema y la burocracia innata del sector político. “Es probable que tratándose de algún movimiento político anti-*status quo*, los grupos dominantes cedan, incluso, algunas posiciones y lleguen hasta la posibilidad de participación en el movimiento insurreccional, incluida la participación límite de la *coalición*, de modo tal que el movimiento de masas pierda su potencial anti-*status quo*.” (Quintero, 2005, p.48) Y los movimientos aglutinantes de pequeñas organizaciones políticas también tienen una tendencia a absorber a estas organizaciones que buscan una cuota de influencia política, social y cultural, y que la encuentran dentro de estas facciones más grandes. Si las facciones no son guiadas por la misma propuesta ideológica que pregonan, por lo menos en el formalismo, entonces los movimientos serán compuestos por las más diversas tendencias, contradictorias entre ellas, y carentes de cualquier tipo de autonomía.

Dentro de la historia política moderna en el Ecuador se ha basado en una falta de fidelidad del electorado a los distintos partidos y pugnas internas entre los liderazgos. Esto como consecuencia de partidos que se mantiene “por encima” de la representación, ajenas a los mecanismos de participación ciudadana y llevados por un interés puro de concentrar poder y mantener el *status quo* de los grupos de dominación.

La Constitución aprobada en 1978 “aseguraba a los partidos políticos la exclusividad de la participación electoral”, limitando la participación de otros sectores por los requerimientos que había que cumplir para la conformación de dichos partidos. Requerimientos que, entre otras cosas, manifestaban la necesidad de un capital noasequible por muchas organizaciones sociales. Sánchez cita a Andrés Mejía (2002) cuando define que “el umbral de afiliados requeridos para constituir un partido era originalmente del 0,5% del padrón electoral, pero los militares deliberadamente lo triplicaron el 1,5% con el cual eliminaron dos partidos de izquierda que no reunían el número de afiliados”. Estas manipulaciones, conjugadas con la falta total de un compromiso de los partidos políticos con el electorado definieron el “retorno a la democracia” y el funcionamiento del quehacer político dominado por ciertos grupos de poder.

Durante las primeras elecciones después de la dictadura, entre los partidos más representativos que lograron el registro electoral estaban el Partido Conservador Ecuatoriano (PCE) como representante de la derecha tradicional; la Concertación de Fuerza populares (CFP) como una representación viva del populismo contagioso de los sesenta; el Partido Social Cristiano (PSC) que iniciaba una transición regional hacia la Costa con la presencia de León Febres Cordero; y la Izquierda Democrática (ID), que ya iba ganando terreno en la Sierra. Aparte de estos, hubo otros once partidos de menor representación, pero que eventualmente pudieron obtener algún puesto dentro del Congreso: Frente Radical Alfarista (FRA), la Unión Democrática Popular (UDP) eventualmente conocida como el Frente Amplio de Izquierda (FADI), el Movimiento Popular Democrático (MPD), entre otros.

Ya para las elecciones generales de 1984, el sistema de partidos “va tomando la forma que mantendría hasta 1996, más o menos” (Sánchez, 2008, p.44). La ID, la Democracia Popular (DP), el PSC y aparece el Partido Roldosista Ecuatoriano (PRE), a la cabeza de Abdalá Bucaram, que en ese año obtuvo la alcaldía de Guayaquil. Los partidos más tradicionales comenzarían a desaparecer: el PCE y el CFP. En las elecciones de 1984 gana la ID el 34% de los escaños en el Congreso, pero es León Febres Cordero quien gana las elecciones, por el importante voto de la Costa que le favoreció. Para entonces las elecciones para diputados eran cada dos años (desde 1986 hasta 1994) y se mantuvo una constancia en los partidos que reunían los votos necesarios para tener un puesto en el Congreso. Sin embargo, el porcentaje de representatividad dentro del Congreso varió en gran manera. “Quizá por el impacto del gobierno conservador de Febres Cordero, se marcaron dos tendencias opuestas: por un lado, creció el voto de su partido, el PSC, que se consolidaba como primera fuerza de la derecha; mientras que por otro, creció el voto de los partidos de izquierda” (Sánchez, 2008, p.46) Este crecimiento sirvió para que la ID, en 1988, consiguiera una victoria histórica al ganar las elecciones presidenciales (Rodrigo Borja derrotaría a Abdalá Bucaram en la segunda vuelta) y 30 de los 71 escaños en el Congreso. Estas elecciones también vieron el crecimiento del PRE, que generaba un conflicto maniqueo en la Costa del pueblo contra la oligarquía. Conflictos que se acentuarán y pasarán a formar parte de la constante dentro de la política ecuatoriana.

Para 1992, la fuerza que pudo haber tenido la ID ya había desaparecido y se vio la consolidación del PRE y PSC como los partidos más fuertes dentro del sistema político nacional. El problema que encontró el PSC fue la de tener dos líderes con posibilidades reales de ganar la Presidencia de la República. Por un lado, Jaime Nebot, parte de la línea modernizadora de su partido, afianzado como la nueva derecha de la Costa; por el otro, Sixto Durán Ballén, parte de la línea más tradicionalista del partido y cuya representatividad radicaba en la sierra. Al final, Durán Ballén se impuso en las elecciones tras la adopción de un partido “desechable”⁹. Pese al fracaso electoral del PSC, obtuvo el 27% de los escaños en el Congreso. Lo que si evidenció, fue la falta de un candidato con posibilidades reales de ganar la Presidencia. Para 1994, ya se veía el declive de los partidos de izquierda, como posible consecuencia de la caída del muro de Berlín o la derrota de los sandinistas nicaragüenses (Sánchez, 2008), y por la fragmentación y la imposibilidad de coalición entre los bloques de izquierda. Fragmentación que será la tónica que definirá el escenario político (ir a Sánchez, p.51: clivaje).

En 1996 cambió el marco Constitucional, eliminando el monopolio político de los partidos, abriendo el espectro para agrupaciones independientes puedan tener un espacio dentro del Congreso. Las elecciones presidenciales enfrentaron a los dos candidatos más fuertes: Adbalá

⁹ El Partido Unidad Republicana, partido fundado *ad hoc*, obtuvo 16% de los escaños en el bloque parlamentario en 1992. En las elecciones de 1994 el PUR había prácticamente desaparecido.

Bucaram y Jaime Nebot. El resultado demostró la aversión de Nebot en la Sierra, incluso para sacrificar el voto por el populismo y el singular estilo de Abdalá. En 1997 se iniciaron grandes movilizaciones en contra del Presidente Bucaram, que terminaron por su destitución, y dieron inicio a una época de inestabilidad política y crisis económica. Desde 1996 hasta el 2003 hubo seis Presidentes, una nueva Constitución y un golpe de Estado¹⁰. La sociedad, impulsada por la clase política, “adoptó una actitud más flexible en el respeto a las normas y procedimientos, lo que afectó a las elecciones como mecanismo legítimo para el acceso al poder” (Sánchez, 2008, p.48). A esto se suma el desprestigio de los partidos políticos y la deslegitimación de la política como consecuencia de la corrupción y el desdén de los mandatarios con la sociedad.

Si ya los partidos políticos no respondían a una línea ideológica determinada y su visión de la arena política era un afán de dominación a través del clientelismo y las promesas de campaña, las reformas que se dieron en la Constitución de 1998¹¹ permitieron que ese clientelismo se produjera también a nivel parlamentario. Los diputados electos “bajo alianzas tendían a adscribirse al bloque que más ventaja les podía ofrecer en materia de prebendas, o se declaraban independientes de cualquier bloque legislativo, ofreciendo su colaboración al mejor postor” (Sánchez, 2008, p.49). La fidelidad del electorado se mermó en mayor medida y el *huasipungo* político se arraigó. También se tendió el terreno para que la figura del *outsider* pueda consolidarse dentro de la arena política y que la novedad electoral prime por encima de la madurez política. Aparecieron partidos como el Partido Sociedad patriótica 21 de Enero (PSP), liderado por el Coronel golpista Lucio Gutiérrez; y el partido Renovador Institucional Acción Nacional (PRIAN), liderado por Álvaro Noboa, ambos con considerable éxito electoral.

Las nociones de individualidad extinguida que nos proporciona Orwell, están ligadas a una conducta aglutinadora de los partidos políticos. La formación de las figuras políticas está ligada a la imagen y al clientelismo, no a las formaciones de instituciones ideológicas capaces de representar una línea política coherente. Orwell establecía la terminación del sistema político en un partido único, no por la inexistencia de otros partidos requeridos para la “legitimación” democrática, sino por las filosofías “apenas distinguibles (...). En todo lado hay la misma estructura piramidal (y) la misma alabanza al líder semi-dios” (Orwell, 1983, p.162). No es necesario buscar el partido único cuando la variedad de partidos que nos representan son, en su esencia, indistinguibles entre ellos. Cuando los partidos buscan el mismo fin, a través de los mismos mecanismos, en actitudes prácticamente intercambiables.

SISTEMA POLÍTICO, MULTIPARTIDISMO Y CONFLICTIVIDAD CONSTANTE

La conjugación de la inestabilidad política y el rechazo por parte de la sociedad civil por legitimar a los partidos políticos es una consecuencia de la falta de representación de esta sociedad civil dentro del Estado. Y, sin embargo, el crecimiento del número de movimientos políticos determina la adopción de sentimientos colectivos, en desmedro de las necesidades individuales. No solo que a través de esta manipulación se “(extingue) de una vez por todas las posibilidad de pensamiento independiente” (Orwell, 1983, p.159), sino que además se aliena el individuo de la vida política y del funcionamiento del Estado. No se buscan ni se implementan mecanismo para una participación ciudadana activa. No se refuerzan ni se abren espacios para el debate y la injerencia de organizaciones intermedias. Esto genera una

¹⁰ 21 de enero del 2000.

¹¹ El nuevo modelo electoral tenía las siguientes características: elección de los candidatos en listas abiertas y entre listas; participación de alianzas a nivel provincial; y la participación de no afiliados auspiciados por los partidos.

indiferencia de la sociedad y abre espacios para el clientelismo y la compra de votos. Indiferencia traducida en ignorancia. “De cierta manera, la visión global del Partido se ha impuesto con mayor éxito en personas incapaces de entenderla” (Orwell, 1983, p.129). Y esta ignorancia es lo que permite que tanto los partidos como los grupos de poder, puedan actuar libremente en sus afanes de dominación política. *Ergo*, la “ignorancia es fuerza”.

Los patrones de cada región, determinados por un bagaje histórico importante pero que no entra dentro del análisis de este estudio, generan concentraciones partidistas regionales y estas concentraciones permiten una manipulación del electorado para que estos puedan ser movidos por el sentimentalismo político y explotar las afinidades que cada región posee. Este comportamiento no es único del Ecuador, pero si ha sido explotado en mayor escala en nuestro país. El regionalismo que se creyó superado con la elección homogénea de Jaime Roldós en 1979, sigue afianzado en el corazón del elector. Entonces, no importa la línea ideológica ni el plan de campaña en el momento de la votación; es más determinante el origen del candidato. Así, por ejemplo, “en la Sierra, el Estado ha tenido una presencia fundamental como empleador o redistribuidor de recursos, (...) mientras que en la Costa, que cuenta con un sector privado mucho más emprendedor, el Estado se ha visto como obstáculo para el desarrollo de los intereses privados”. Y situaciones similares han sido la tónica para determinar el discurso empleado tanto por los candidatos, como los diferentes actores políticos.

Hay un estado de confrontación constante, deliberado, “entre dos combatientes que son incapaces de destruirse entre sí, (...) y no están divididos por ninguna diferencia ideológica” (Orwell, 1983, p.153) Este estado es determinado por el mismo sistema político nacional. El multipartidismo histórico y las confrontaciones que nacen de este han servido para mantener el *statusquo* mientras la lucha se manifiesta abierta pero sin un final esperado. El “clivaje”, visto como patrones estables de polarización del conflicto, termina por configurar un sistema donde la lucha se vuelve constante, pero esta lucha es en detrimento de otras acciones políticas o voluntades sociales para establecer cambios favorables dentro de la sociedad. Y como el “clivaje” se da entre todo los estratos de un movimiento o partido, de igual manera se conjuga dentro de la sociedad un arquetipo político polarizado y en constante lucha. En definitiva, “el sistema de partidos ecuatorianos no presentaba las condiciones más adecuadas para contribuir al proceso de consolidación de la democracia” (Sánchez, 2008, p.65). Es por una propensión del partido a defender los intereses personales del caudillo que está al frente, que se dejan los vacíos en el espacio Estatal.

En la presidencia de Roldós y Hurtado, este sistema multipartidista creó elementos para las disputas que se pudieron dar entre el Congreso y el Ejecutivo; ambos arrogándose la representación de los verdaderos intereses nacionales. El Legislativo buscó su legitimidad imponiendo su voluntad y “aprobandando una serie de leyes que el Presidente se veía obligado a vetar por considerarlas inoportunas, demagógicas o por carecer de financiamiento” (Sánchez, 2008, p.127). Los conflictos que se presentaron entre el Legislativo y el Ejecutivo ponían en evidencia la “falta de mecanismos institucionales para destrabar los bloqueos institucionales o dotar de apoyo legislativo a los presidentes” (Sánchez, 2008, p.127). Una falta completa de gobernabilidad complementada por un sistema que llevaba el Presidente (y Vicepresidente) a gobernar sin el apoyo político necesario y que eventualmente se tradujo en situaciones de crisis.

En el gobierno de León Febres Cordero se inició con un ambicioso plan de reformas, pero el apoyo legislativo fue escaso ante la mayoría de la ID. La fragmentación del bloque la ID después de la primera vuelta legislativa se dio, de todas maneras, a cambio del surgimiento de

otros partidos de izquierda. De cualquier forma, el ámbito de conflicto que se generó desde lo político, terminó por concebir una lucha de fuerzas que limitó el accionar efectivo tanto del Ejecutivo como del Congreso. “La oposición instalada en el Legislativo fue bastante combativa y desde un principio declaró que ‘gobernaría desde la oposición’” (Sánchez, 2008, p.132), a lo cual Febres Cordero no tardó en mostrar su reciprocidad. Los vetos de ley de lado y lado fueron abundantes y los mecanismos que se usaron para limitar el accionar de los procesos democráticos¹² terminaron por marcar una ingobernabilidad sustentada en el mantenimiento del *estatus quo*.

Para Rodrigo Borja, el ascenso de la ID como fuerza nacional política, le sirvió para conquistar un amplio bloque parlamentario y evitar los problemas de gobernabilidad que enfrentó Febres Cordero. “Borja no tuvo que enfrentarse con otros órganos del Estado que también eran nombrados por el Legislativo y que en los gobiernos anteriores y posteriores se habían convertido en fuente de oposición” (Sánchez, 2008, p.133). La sólida estructura de la ID, a diferencia del CFP, el PSC, y otros, fue el liderazgo único de Borja. La falta de tensiones y fricciones dentro del partido, por su calidad jerárquica indiscutible y la falta de un contrapeso interno que pueda generar separación. Este escenario se vino abajo cuando la DP (que, a diferencia de la ID, si tenía problemas internos) decide terminar con su alianza. La privilegiada posición de los partidos dentro del Congreso, fue usada “con una actitud más de enfrentamiento al Ejecutivo que de oposición” (Sánchez, 2008, p.134)

La llegada de Durán Ballén a la presidencia fue una consecuencia de la ruptura que existía a la interna de su partido. Con un fuerte voto en la Sierra (por sus orígenes) y la división electoral de la Costa, Durán Ballén ganó las elecciones con un partido *ad hoc*, el PUR. El PUR estaba compuesto “mayoritariamente por políticos que veían en él un medio para llegar al poder” (Sánchez, 2008, p.135). Un partido sin ningún tipo de estructura, solidez pragmática o proyección hacia el futuro. Como en el resto de partidos, las pugnas interna abundaban, pero en este caso se dieron incluso antes de que ganaran las elecciones. La oposición que generaba el vicepresidente Alberto Dahik dentro del PSC¹³, y la disputa “ideológica” que había con el PRE, los dos partidos con mayor representación dentro del Congreso, limitaron la capacidad de maniobra del Ejecutivo. Si bien existía una afinidad ideológica con el PSC, el apoyo esporádico que recibiría de este partido no era incondicional ni gratuito, “sino a cambio de recursos que permitieron fortalecer al partido y a sus élites” (Sánchez, 2008, p.136). Además de la confrontación con el Legislativo, el clima de enfrentamiento con la sociedad, liderado por el movimiento indígena y los sindicatos de las empresas públicas, por sus propuestas de privatización restringieron su capacidad de gobernar. La Guerra del Cenepa tendió puentes entre los partidos, pero los esfuerzos fueron dirigidos al plano internacional, en desmedro del frente interno.

El panorama político desde 1996 marca una nueva etapa en el sistema de partidos y la confrontación que este supone. Las nuevas reglas electorales quitaron el monopolio político a los partidos, situación que fragmentaría aun más al Legislativo. Este año también vio la incorporación de nuevos actores del sistema, esencialmente el Movimiento de Unidad

¹² El Ejecutivo mandaba proyectos de Ley económicos urgentes que, de no ser tratados en un determinado periodo, entraban en vigor. Febres Cordero enviaba una elevada cantidad de proyectos que imposibilitaban el trabajo del Legislativo. Como respuesta, el Congreso rechazaba los proyectos de Ley, generando más conflicto. Se llegó al extremo de no respetar los reglamentos, no publicar las leyes en el Registro Oficial e intervenir militar y policialmente para no permitir el posicionamiento de magistrados nombrados por la oposición (El bloqueo a la Corte Suprema de Justicia duró dos meses).

¹³ Si bien Dahik fue Ministro y asesor de asuntos económicos en el gobierno de Febres Cordero, la confrontación entre ambos se transformó en disputa. Tal fue el odio, que el Congreso (dominado por el PSC) siguió un juicio político a Dahik bajo la acusación de malversación de fondos reservados. El juicio fue llevado a la Corte Suprema de Justicia, cuyos jueces eran afines al PSC. (Sánchez, 2008)

Plurinacional Pachakutik – Nuevo País (MUPP-NP). La segunda vuelta de las elecciones enfrentó a Abdalá Bucaram con Jaime Nebot, y fue el rechazo de la Sierra hacia este último, que permitió el ascenso de Bucaram a la presidencia. Además del eminente conflicto que generaba la presencia de Bucaram con el bloque legislativo del PSC (que obtuvo 27 escaños de 82), este fue el inicio para “que los partidos representados en el Congreso buscaran “creativas” interpretaciones constitucionales o legales para intentar destituir a los presidentes, estirando las normas e instrumentalizándolas” (Sánchez, 2008, p.139). El conflicto dentro de la presidencia vino tanto desde la oposición que tuvo del Legislativo, como de los movimientos sociales movidos por los expresos actos de corrupción que hubo en su gobierno.

Por la misma estructura del sistema electoral ecuatoriano, el escenario político tuvo más espacio para el conflicto y se acentuó lo que se dijo antes: actores políticos carentes de ideología, el poder por el poder. Jamil Mahuad llegó a la presidencia como candidato de la DP, junto con el respaldo de la primera minoría legislativa (29% de los escaños en el Congreso) y el apoyo inicial del PSC, que colaboraba con la DP desde la Asamblea Constituyente de 1998. Parte de las razones del conflicto fue la necesidad de ampliar las posibilidades electores buscando políticos “independientes”¹⁴. “Al interés del partido se sumó el interés de los candidatos que veían en el casi seguro triunfo de Mahuad un buen vehículo de acceso al poder” (Sánchez, 2008, p.141). La pugna que tuvo Mahuad con el Legislativo se dio en el campo económico. Después de firmar un acuerdo de paz con el Perú, el gobierno enfocó todo su poderío político al frente interno, donde, pese a compartir una visión similar en el plano de la liberalización económica, el PSC nunca claudicó en su posición sobre temas tributarios. En este sentido, nunca se pudo llegar a un acuerdo; un conflicto generado para evitar cualquier modelo de gobernanza sana y atrincherarse en su círculo de dominación. La crisis financiera que desembocó con la salida (forzosa) de Mahuad de la presidencia fue la consecuencia de las “conjeturas que ligaron estos hechos con el manejo de la situación bancaria por parte del Ejecutivo” con Fernando Aspiazu, representante legal del Banco del Progreso. Las consecuencias de uno de los mayores fraudes bancarios fueron detalladas con anterioridad. . El fin del gobierno de Mahuad llegó por un golpe de Estado, auspiciado por cierto sector de las Fuerzas Armadas y las organizaciones indígenas. Se hicieron del gobierno un triunvirato.

La elecciones del 2002 marcaron una nueva tendencia en el sistema electoral nacional. La inminente decadencia de los partidos políticos, solidificó la creación de movimientos *ad hoc* de carácter provincial, así como también de otros que participan como representantes de alianzas electorales. Hubo una gran cantidad de candidatos con posibilidades reales de llegar a la segunda vuelta, a donde llegaron Álvaro Noboa y Lucio Gutiérrez.

La guerra, la confrontación, ya sea bélica o política, en la distopía orwelliana, es un “combate (...) entre dos combatientes que son incapaces de destruirse entre sí, (...) y no están divididos por ninguna diferencia ideológica” (Orwell, 1983, p.153), una guerra que promueve como fin específico el poder, no una visión política o de desarrollo. En este sentido, la búsqueda de un estado de guerra constante es también un sistema económico que apoya cualquier estructura que procure una jerarquía. La búsqueda de poder, a través de la dominación política, lleva a una visión determinada de lo que debe ser el desarrollo económico. “Está claro que un incremento generalizado de la riqueza amenazaba con la destrucción, de hecho en algunos

¹⁴ Cabe recordar que la nueva Constitución de 1998 estipulaba un sistema de listas abiertas, participación de alianzas a nivel provincial y participación de no afiliados auspiciados por los partidos. Con esta medida se argumentó que se aminoraría el fenómeno de los diputados independientes, que desde 1996 llegaron a ser más del 30% del bloque legislativo. La realidad mostró a los diputados independientes, listos a romper las relaciones con los partidos a la menor tensión entre sus ideas o intereses y los de la organización.

casos supuso la destrucción, de una sociedad jerarquizada” (Orwell, 1983, p.156). El estado de pobreza en que pueda sumirse a una sociedad no es necesariamente una decisión que busque el enriquecimiento individual o puntual de un grupo político o de poder, el enfoque orwelliano explica que un “estado generalizado de escasos incrementa los pequeños privilegios y, por lo tanto, magnifica las distinciones entre un grupo y otro” (Orwell, 1983, p.158). Concepto aplicable para la repartición de poder y los privilegios que este puede generar. El estado en que sume la guerra y la confrontación a la sociedad política tienen como consecuencia los peligros inherentes de la misma, lo que hace que “la cesión del poder a una pequeña casta parece la natural, inevitable condición de supervivencia” (Orwell, 1983, p.158). Este estado constante de guerra y confrontación permite el establecimiento de *estatus quo*, el mismo que se mantendría de tener un estado de paz constante, pues en ese caso cada casta de poder sería “un universo autónomo, libre por siempre de la influencia aleccionadora de los peligros exteriores. Una paz realmente permanente será igual que una guerra permanente” (Orwell, 1983, p.164). Ergo, la “guerra es paz”.

BÚSQUEDA DE PODER Y POSICIÓN DE DOMINIO

El comportamiento de los partidos en el Ecuador desde la oposición no ha buscado un debate ideológico en miras a un consenso que permita desarrollar proceso de gobierno. La oposición que se ha formado desde el Legislativo ha sido para generar una confrontación que imposibilita cualquier iniciativa de gobernanza y obliga a buscar mecanismos al margen de la ley. Es a través de estos mecanismos que los grupos de poder han podido mantener su hegemonía dentro del terreno político. Las alianzas no tienen mayor rigor que la oportunidad que presentan para los intereses personales o regionales y terminan siempre por desvanecerse. La inestabilidad política que esto generó, llevó al derrocamiento de tres presidentes. En el caso de los vicepresidentes que asumieron los cargos, tanto Gustavo Noboa como Alfredo Palacio quienes no figuraban como miembros activos del partido y no necesariamente tenían una alineación histórica con el partido¹⁵, llevaron su mandato sin poder gobernar. El gobierno se hizo desde las trincheras del Legislativo que utilizó este poder, como ya lo había hecho antes, para mantener su hegemonía. La dicotomía de los partidos se da entre “aprovechar su posición preponderante para transar políticas con el Ejecutivo, o recurrir al enfrentamiento, evitando de esta manera que se ponga en vigencia medidas con las que no estén de acuerdo” (Sánchez, 2008, p.174).

La capacidad limitada de los partidos para controlar a sus diputados es evidente. Pero esto también es consecuencia de la superficialidad y facilidad con la que se han construido los partidos políticos, por lo menos desde el regreso a la democracia. El Ejecutivo ha sabido tomar partido de esta situación, pero limitado siempre por los beneficios particulares a recibir, creando así estructuras de privilegio donde el que tiene mayor convocatoria en el Congreso es el eterno beneficiado¹⁶. Los diputados se acostumbraron a hermetizar su posición en espera a

¹⁵ Alfredo Palacios fue Ministro de Salud en la presidencia de Sixto Durán Ballén, neoliberal a ultranza. En la declaración ideológica, el Partido Sociedad Patriótica se autodenominaba como socialista y progresista.

¹⁶ “En *El Comercio* de 12.8.93 aparecen unas declaraciones de Xavier Ledesma, diputado gubernamental y posterior Ministro de Gobierno, en la que dice que no puede haber ‘oposiciones mamonas’ que, por un lado, se declaren enemigos del gobierno y no apoyen a sus candidatos y que, por otro, recurran al régimen para beneficiarse con partidas presupuestarias y cargos públicos. Otro ex diputado, Manuel Alvear, dice en el mismo periódico: ‘para obtener esos recursos los social-cristianos quieren continuar con el mismo chantaje y extorsión al gobierno y han manifestado que con la mayoría legislativa al presidente Durán le pondrán de rodillas para sacarle plata. No creemos que el Congreso sirva para ese chantaje y nosotros vamos a actuar de manera frontal’ (...) ‘los socialcristianos no van a tener un sucre más del gobierno, que tengan esos recursos cuando ellos sean gobierno pero no extorsionando al régimen. Ellos se han llevado hasta treinta mil millones para que la obras aparezcan como de Nebot, cuando en realidad son del Presidente, pero eso se acabó y no tendrán medio más” (Sánchez, 2008, pg.: 173)

la primera necesidad de voto del Ejecutivo. Y cuando todavía tenían acceso a las partidas presupuestarias, estas sirvieron como “un elemento de distorsión de su papel legislativo y fiscalizador, así como una fuente de corrupción” (Pachano, 1997a, p.53)

El fin último del político o del partido político es el poder. Las formas en que se explota el poder se manifiestan más allá de lo económico. Hay una defensa al grupo de interés al que se representa y una búsqueda de la consolidación de la carrera política, y la perpetuación del sistema, a través de pequeños réditos obtenidos por el mismo sistema. Es el incremento social, político y económico de la propia parcela, o el distrito al que representan, para poder continuar mandando en ella. Entre los intereses del partido y del distrito, primarán siempre los del distrito, aunque sea un distrito de uno. Incluso cuando se intentó eliminar las “asignaciones de interés provincial”, los diputados “encontraron varios mecanismos a través de los que podían seguir disponiendo de fondos del presupuesto para atender compromisos clientelares” (Sánchez, 2008, p.177). Los escándalos que han salido como consecuencia de este proceso de dominación han sido varios y conocidos¹⁷, sin embargo, esto no ha servido para amedrentar a los diputados. Por lo contrario, ha servido para que se vuelvan más creativos en sus afanes de dominación. Incluso la redacción de un Código de Ética en 1998, que preveía una serie de faltas graves que significaban la pérdida automática del escaño para el infractor, terminó en letra muerta. Además de ratificar que el Estado de Derecho era una ilusión en el país, se determinaba el “espíritu de cuerpo” de los Legisladores. De las 109 causas que se interpusieron al Comité de Excusas y Calificaciones, ninguna sancionó a los implicados.

El Estado de confrontación tiene también una base estructural. Es el mismo sistema ineficiente e ineficaz lo que ha dado lugar a la pugna entre los diversos poderes. Cualquier reforma que se propuso para la modernización del Estado siempre fue enfocada y aplicada “de manera exclusiva el poder ejecutivo, (y) estuvo guiada únicamente hacia el logro de objetivos económicos” (Pachano, 1997, p.11). La transformación del sistema ha sufrido retrasos como consecuencia de intereses personales para salvaguardar su posición de dominio a través de una esfera política. El mantenimiento de un sistema que permita cierto tipo de maniobras y, además, consiga un proceso burocrático tan “avanzado” que la mayoría de faltas terminan en la impunidad. Y es que los intentos de democratización dentro del Estado, a nivel político, nunca fueron prioridad para los grupos de poder, ni para las agencias internacionales, enfocadas en las reformas económicas únicamente. Las políticas de buen gobierno¹⁸, siempre han sido más lentas que las transformaciones profundas y rápidas de la sociedad, y estas se han vuelto inútiles al momento de llevar la planificación a la práctica. Básicamente, el Ecuador “(ha) debido enfrentar procesos de democratización con aparatos institucionales obsoletos y reacios a acoplarse a las nuevas realidades sociales, económicas y políticas” (Pachano, 1997, p.17).

Los mecanismos del Congreso, y su relación con los otros poderes del Estado, hasta 1997 le daban facultades que servían para un efectivo control, pero que se desprestigliaron completamente con el abuso de estas atribuciones. Situación que parece ser un síndrome cultural, teniendo en cuenta que los abusos de las herramientas institucionales ha sido el *modus operandi* de muchos funcionarios. Parte de la razón por la cual los sistemas, ya sean políticos, judiciales o económicos, han fracasado en el Ecuador es este abuso metódico y agresivo de las instituciones públicas y sus reglamentos y mecanismos. Las atribuciones de

¹⁷ El caso Emanuel, por ejemplo.

¹⁸ “Este concepto alude a la capacidad del sistema democrático para dar respuesta a las necesidades y demandas de la sociedad” (Pachano, 1997, pg.: 16)

los legisladores hasta 1997 eran las de enjuiciar y destituir al presidente y al vicepresidente de la República, a los ministros de Estado, a los integrantes de la Corte Suprema de Justicia, del Tribunal Supremo Electoral, del Tribunal de Garantías Constitucionales, al procurador General del Estado, al Ministro Fiscal General y a los superintendentes de Bancos Y de Compañías (Constitución Política del Ecuador 1979, Art. 59 Lit. f). Esto complementado con otras atribuciones, como la de nombrar a varios funcionarios e integrantes de algunos organismos y de conocer y aprobar el presupuesto del Estado. Por ende, “(...) la relación del Congreso Nacional con otros poderes del Estado se produce en varios niveles: el legislativo, el de fiscalización y control, el de nominación de los integrantes de varios organismos y el de participación en otros organismos” (Pachano, 1997a, p.60).

La pugna de poderes, como se mencionó anteriormente, acompañaría todo el proceso político analizado. Los objetivos a corto plazo primaron, y el acceso a la participación ciudadano fue cerrado o inaplicado. Se pretendió llevar el “proceso de consolidación del régimen democrático (a un) nivel puramente jurídico institucional” (Pachano, 2007a, p.65), en un Ecuador donde no se ha respetado el Estado de Derecho. El propio sistema fue el encargado de frenar cualquier intento de gobernabilidad en el Ecuador. Los mayores problemas, aquellos que generaron mayor conflicto, fueron derivados de la fragmentación de los partidos, las prácticas arcaicas y caudillistas y los mecanismos clientelares entre disputas y hacia la sociedad. La percepción de la sociedad de los diputados, los ha convertido en heraldos del presupuesto local, no como legisladores y fiscalizadores. Y como la función real del legislador queda en segundo plano, como la ideología no es más que una declaración de formalidad, los “camisetazos” y la venta de votos han terminado por corroer el proceso democrático, y han afianzado el proceso de dominación política. Como Orwell planteaba, el conflicto perpetuo mantiene el *estatus quo*, y los grupos de dominación histórica, abarcados en el capítulo segundo, han podido perpetuarse en su posición.

EL LÍDER SEMI-DIOS

La “estructura piramidal (y) la misma alabanza al líder semi-dios” (Orwell, 1983, p.162), contextualizada en el ámbito latino americano, es el populismo imperante en la región. En este caso, “los rasgo de la organización populista se derivan de su discurso maniqueo y moral que contraponen al pueblo contra la oligarquía” (de la Torre, 2008, p.16) incluso cuando son parte de la oligarquía. Pero más allá de la línea discursiva que tiene el líder populista, es la relación con los electores y con el partido lo que determina Orwell. Si bien “el populismo es anti-institucional” (de la Torre, 2008a, p.28), las expresiones de este populismo fueron ampliamente recogidas por los líderes políticos ecuatorianos, lo que cual explica la falta de institucionalidad dentro del país. Lo que se expresa de manera real son los mecanismo que se utilizan, incluso dentro de las propias organizaciones, que determinan, como lo menciona Orwell, la estructura necesaria para mantener la dominación.

El sistema jerárquico dentro del partido y las organizaciones políticas está sujeto a la creación de círculos íntimos de relación donde se toman las decisiones y de donde salen las decisiones. Las reuniones entre los “caciques”, como los denomina De la Torre, determina los actores dentro de la participación política y se diferencia de aquellos que no entran dentro de esta red de colaboración, o lo hacen de manera esporádica. Y desde este círculo también se compone el ritual político donde el candidato se muestra a “su gente” y genera una relación de integración al proyecto.

La red de simpatía que se muestra con el candidato determinará su eficiencia. Esta red no necesariamente se ampliará por el clientelismo¹⁹; lo que si se verá más efectivo en la conjugación de estas relaciones será la capacidad de mostrarse Dios y pueblo, El Salvador y el compadre, todo en uno, animado por las barras. Lo que han buscado, históricamente, los candidatos ecuatorianos.

Orwell sostenía la visión de un líder El líder como el centro del amor, la reverencia y el temor. Un líder que no necesariamente lidera, pero si a quien se dirigen siempre todas las emociones. “Es por esto que se invierten tanto recursos para construir la personalidad como el evento central de la política” (De la Torre, 2008, p.44). Recursos que no siempre son económicos; recursos que pueden ser traducidos como confrontaciones generadas y que no responden completamente a la ideología del líder. La construcción de esta imagen ha determinado que el partido sea identificado con una persona.

Fenómeno que no sucede en los países cuya institucionalidad es mayor a la personalidad. Es, sin duda, un mal adicional al multipartidismo, pero no es una consecuencia ineludible del mismo. No por esto podemos afirmar que todos los políticos en el Ecuador han formado su personalidad política alrededor de la figura populista. Lo que si podemos afirmar, es que eventualmente estas figuras se han convertido en caudillos de sus partidos, y su imagen ha servido para identificar a esos partidos (y la instancia que están manejando) por más de que ellos no sean los que están efectivamente gobernando. Y cuando sí están gobernando, ese gobierno se vuelve excesivamente centralizado y los círculos de poder y toma de decisiones, reducidos.

Entonces, esta ingeniería institucional nos obliga a escoger a nuestros representantes basados en las imágenes construidas a partir de las necesidades electorales. Poco son los legisladores conocidos y los miembros representativos de los partidos. Cuando la elección se reduce a la persona, entonces no es necesario un proyecto, no es necesario un plan de políticas públicas, ni tampoco es necesario un cronograma de fiscalización. Hay una manipulación del electorado por, lo que se termina convirtiendo, una clase dominante. Y el humo que se vende en las tarimas rara vez es manifestado en obras y acciones políticas reales. Este cacique es la imagen que da vida al Partido y justifica la estructura social. Es la personificación del sistema y es el eje que mueve al Partido. “La función del Gran Hermano es actuar como un punto de foco de amor, temor y reverencia, emociones que son sentidas más fácilmente hacia un individuo que hacia una organización” (Orwell, 1983, p.171).

CONCLUSIONES

Es determinante entender la visión de dominación de George Orwell como una advertencia, y no como una premonición. Nos da las pautas para esgrimir cuales son los comportamientos de los grupos de dominación, voluntarios o involuntarios, que permiten que se perpetúen en el poder, y se aprovechen de él para satisfacer sus intereses. No se busca la aplicación efectiva del proceso textual; se busca una mirada simbólica de las consecuencias de los actos y la motivación detrás de los actos. La Oceanía de *1984* es el resultado final de todas estas prácticas que se evidencian en el comportamiento político de nuestra sociedad.

Una vez entendido este proceso como mecanismos concretos y las consecuencias que se ramifican de estos comportamientos, es posible determinar los focos de dominación y las

¹⁹ Mientras Abdalá Bucaram tuvo mucho éxito en sus presentaciones populares, Álvaro Noboa, imitando su estilo (pero sin su carisma) y volcándose al regalo sistemático de camisetas, sillas de ruedas, microcréditos, etc., no pudo consolidar una red tan grande como Bucaram. Aquellos que estaban alejados del líder no se sentían acogidos de igual manera.

prácticas dentro de la historia política en el Ecuador y las afectaciones materializadas en el presente.

Es importante, sin embargo, entender a la dominación como un procesos natural dentro de la vida social. El proceso democrático contempla los mecanismos para una dominación “controlada”, una dominación determinada por un ejercicio de soberanía. Y el ideal capitalista se basa en una dominación, remunerada y legalmente controlada. Dominación que eventualmente puede escaparse de la esfera de la industria y el mercado, para posicionarse en los gobiernos. Son intereses de la sociedad civil, las organizaciones intermedias y los grupos sociales los que terminan controlando e injiriendo en los proceso de dominación.

La dominación se vuelve una fuente de conflicto el momento en que estos grupos naturales de dominación abusan de su calidad y concentran la injerencia dentro del aparato político. Grupos de dominación que también se crean y consolidan dentro del aparato político. Estas élites buscan la eliminación de los mecanismos de participación de los grupos dominados y generan condiciones para perpetuarse en su situación de privilegio.

El motivo de este estudio es determinar los mecanismos que crean estos modelos de dominación, y su aplicación dentro del sistema político ecuatoriano. El estudio también permite dilucidar la motivación detrás de estos actos y las consecuencias que se han generado dentro de la sociedad: desigualdad, conflicto, ingobernabilidad, abuso de poder, *desdemocratización* de la acción política, autoritarismo y un desprestigio total de los procesos democráticos.

El estudio analiza la manera en que los grupos de dominación, a través de la acción política, crean conflictividad dentro de la sociedad. La conflictividad necesaria para que exista un estado de “guerra perpetua”, ocupando a los actores políticos en esa batalla política mientras se mantiene el *estatus quo*. Entonces, el conflicto continuo y superficial, materializado socialmente en forma de paros y movilizaciones, se caracteriza por su falta de consensos.

Las características de los conflictos, dentro de la sociedad ecuatoriana, están determinados por su baja intensidad y la falta de “un conflicto central estructural y estructurante del resto de la conflictividad” (Sánchez-Parga, 2010, p.15). No ha existido la profundidad necesaria dentro de los conflictos para que las propuestas de estos, cuando las hay, puedan ser expresadas y consolidadas en el Estado. El fraccionamiento de los grupos sociales, su heterogeneidad y la falta de consensos para crear propuestas viables dentro la estructura social, económica o política de un gobierno terminan por restarle validez a estas expresiones colectivas.

El resultante es una gran cantidad de paros y movilizaciones pero una muy baja efectividad de cada uno de ellos. Es precisamente por esa ligereza con la que los movimientos sociales han tomado estos conflictos, que las reacciones del colectivo social hacia ellos son de cotidianidad, más que de la efectiva necesidad de institucionalizar estas manifestaciones. Ante esta realidad, los sectores dominantes no ven la necesidad de resolver el conflicto, basta con aplazarlos, “y por ellos se vuelven reincidentes y acumulativos” (Sánchez-Parga, 2010, p.16). No por eso los conflictos dejan de suceder. Únicamente pierden su efectividad, y sin esa efectividad, no son más que expresiones violentas de una sociedad, que pueden ser manejados de la misma manera por los gobiernos y los grupos de poder.

Orwell propone la dominación para llegar al fin último del poder. El poder como esencia de los mecanismos de dominación. Pero también entiende la función de la participación activa de las élites dentro de la economía como uno de los caminos que sirven para limitar el poder de la sociedad civil. La clase media, como eje de resistencia intelectual y activa, es atropellada

por las diferentes propuestas económicas, mientras que las clases más bajas, eventualmente, verán un cambio de dominador, nunca un cambio de situación. La función de dominación económica se extiende a los organismos internacionales y la manipulación de leyes que benefician, en última instancia, a los grupos de dominación.

La concentración económica ha sido una constante, independiente de los factores de crecimiento económico. Las desigualdades generan un deterioro de la clase media, mediadora del conflicto democrático. Sin este mediador, el resultado es un estado de violencia y confrontación perpetua, un estado propicio para la perpetuación del *estatus quo*. Voluntaria o involuntariamente, históricamente, las acciones adoptadas por los gobiernos, influenciados por los intereses de grupos de poder, han servido para la consolidación y perpetuación de estos. Estos escenarios, de pobreza extrema y situaciones precarias, eliminan el punto de comparación, elemento que Orwell considera necesario para evitar un descontento que eventualmente lleve a una sublevación. Es precisamente cuando estos parámetros son abusados, que la violencia se convierte en acción política efectiva. Ruptura que se presenta después de la caída de Gutiérrez y que ya se convierte en parte de un análisis diferente.

La carencia de un grupo social políticamente fuerte y organizado, obliga a que las masas busquen los cambios que responden a una coyuntura. Cambios que son fáciles de resolver y afianzan el clientelismo. Desde el alza salarial (una respuesta que no responde a los problemas institucionales y estructurales de la sociedad) hasta la represión (la violencia sirve para deslegitimizar las causas de los movimientos sociales), nunca hubo una respuesta oportuna a las necesidades sociales. La inestabilidad política solo sirve para perpetuar esta condición, y el cambio prematuro de presidentes no cambia la fragilidad institucional, escenario propicio para la dominación.

Desde el regreso a la democracia, las clases dominadas han tenido la posibilidad de ir a las urnas siete veces para la elección de presidente. La capacidad de elegir a tu dominador no te exonera de su dominación. El auspicio tácito de ciertos sectores de dominación a grupos sociales ha sido siempre velando por sus intereses. Toma mayor fuerza la máxima orwelliana: "Ignorancia es fuerza".

La salida que encuentran los grupos sociales no identificados con el aparato político, son los partidos. El partido toma esta representatividad y eleva el conflicto a un plano institucional. El conflicto, sin embargo, continúa en este nuevo plano y se consolida, olvidando la representatividad y la posibilidad de una reivindicación efectiva. Sumado a esto, esta la capacidad que tienen los partidos políticos de utilizar su mecanismo de representatividad, para eliminar el individualismo político. Los partidos utilizan los mismos mecanismos para alcanzar el mismo fin. Orwell hablaba del partido único, pero manifestaba esta representación única bajo la formación de asociaciones política manifestadas a través de filosofías que son "apenas distinguibles, y los sistemas sociales que apoyan son absolutamente indistinguibles. En todo lado hay la misma estructura piramidal (y) la misma alabanza al líder semi-dios" (Orwell, 1983, p.162). No es necesario buscar el partido único cuando la variedad de partidos que nos representan son, en su esencia, indistinguibles entre ellos.

La práctica populista y el caudillismo político complementan esta visión orwelliana de dominación. La necesidad de un líder, un mesías, que rescate y represente a las masas, convirtiéndose en la imagen del partido: en el Gran Hermano. Esa figura que aglutina todos los sentimientos de reverencia e ira, mientras la maquinaria partidista y gubernamental ejerce el control sobre la política. Es crear un ícono, independiente del gobernador real, que sirva para representar todas aquellas virtudes que busca el pueblo y la sociedad en un líder. Es una

estrategia que desnaturaliza al ser humano, lo vuelve dios, para poder utilizarlo como una herramienta más para complementar el proceso de dominación política.

Orwell no buscaba crear un manual de dominación. Orwell delineó un proceso repetido en varios escenarios políticos. Es un proceso legal, dentro de una democracia representativa, que no representa ni se siente completamente legitimada. Los grupos de dominación han sabido crear los espacios para perpetuar su dominio, estableciendo un patrón de gobernabilidad dentro de la ingobernabilidad. Han podido comprender una institución que responde a sus intereses y un sistema que se ha adaptado a las necesidades de grupos elitista.

GUERRA ES PAZ
LIBERTAD ES ESCLAVITUD
IGNORANCIA ES FUERZA

Una guerra, un conflicto perpetuo que protege al *estatus quo*, como lo hace la paz. La libertad de aquellos que no tienen representatividad ni poder dentro del aparato político, como los esclavos. La ignorancia que sirve como fuerza política. Estos elementos determinan el andamiaje de dominación en el Ecuador. Conocer el funcionamiento es ganar la primera batalla. Entender las manipulaciones políticas nos ayuda a dilucidar y predecir las motivaciones detrás de cada acción. Nos ayuda a elegir. Es necesario un cambio estructural. Un cambio que limite la dominación y la encamine hacia una aplicación positiva. Y, sin embargo, cualquier modificación al escenario político será en vano, si la respuesta hacia el poder es siempre la misma. Si nos dejamos manchar por esa naturaleza agresiva y egoísta de la que hablaba Hobbes. Es necesaria la voluntad política, complementada por una sociedad civil participativa y activa. George Orwell, en *1984*, presagia: “Si quieres ver una retrato del futuro, imagínate una bota pisando un rostro humano... por siempre”. Solo a través de la acción podremos detener a la bota.

BIBLIOGRAFÍA

Acosta, Alberto (2002). *Breve historia económica del Ecuador*. Quito: Corporación Editora Nacional.

Andrade, Pablo (2009). *Democracia y cambio político en el Ecuador: liberalismo, política de la cultura y reforma institucional*. Quito: Corporación Editora Nacional.

Arboleda, María y Raúl Borja (1985). *Mi poder en la oposición*, Quito: Editorial El Conejo.
Borja, Diego (1988). *Los placeres del poder*. Quito: Editorial El Conejo.

Correa, Rafael (2009). *Ecuador: de Banana Republic a la No República*. Bogotá: Random House Modadori.

Cronkite, Walter (1983). “Prefacio” en George Orwell, *1984*. New York: Signet Classics.

Cueva, Agustín (1988). *El proceso de dominación política en el Ecuador*. Quito: Editorial Planeta.

De la Torre, Carlos (2008). “Populismo, ciudadanía y Estado de derecho”, en Carlos de la Torre y Enrique Peruzzotti, ed., *El retorno del pueblo: populismo y nuevas democracias en América Latina*. Quito: FLACSO.

De la Torre, Carlos y Enrique Peruzzotti (2008). “El regreso del populismo” en Carlos de la Torre y Enrique Peruzzotti, ed., *El retorno del pueblo: populismo y nuevas democracias en América Latina*. Quito: FLACSO.

Konstantinov, F. V., B. Kedrov y I. Kon (1973). *Introducción al materialismo histórico*. Méjico: Editorial Grijalbo.

Marcuse, Herbert (1968). *El hombre unidimensional: ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*. Méjico: Editorial Joaquín Mortiz.

Orwell, George (1983). *1984*. New York: Signet Classics.

Orwell, George (1948). “Rudyard Kipling”, en George Orwell, *Ensayos críticos*. Buenos Aires: Editorial Nova.

Orwell, George (1948a). “Wells, Hitler y el estado mundial”, en George Orwell, *Ensayos críticos*. Buenos Aires: Editorial Nova.

Pachano, Simón (1997). *Modernización de la instituciones democráticas: el Congreso*. Quito: FLACSO.

Quintero, Rafeal (2005). *Electores contra partidos: en un sistema político de mandos*. Quito: Ediciones Abya-Yala.

Rousseau, Jean-Jaques (2005). *El Contrato Social*. España: Editorial EDAF, S.A.

Sánchez, Francisco (2008). *¿Democracia no lograda o democracia malograda? Un análisis del sistema político del Ecuador: 1979-2002*. Quito: FLACSO.

Sánchez-Parga, José (2010). *Decline de los conflictos y auge de las violencias: Ecuador 1998-2008*. Quito: Caap.

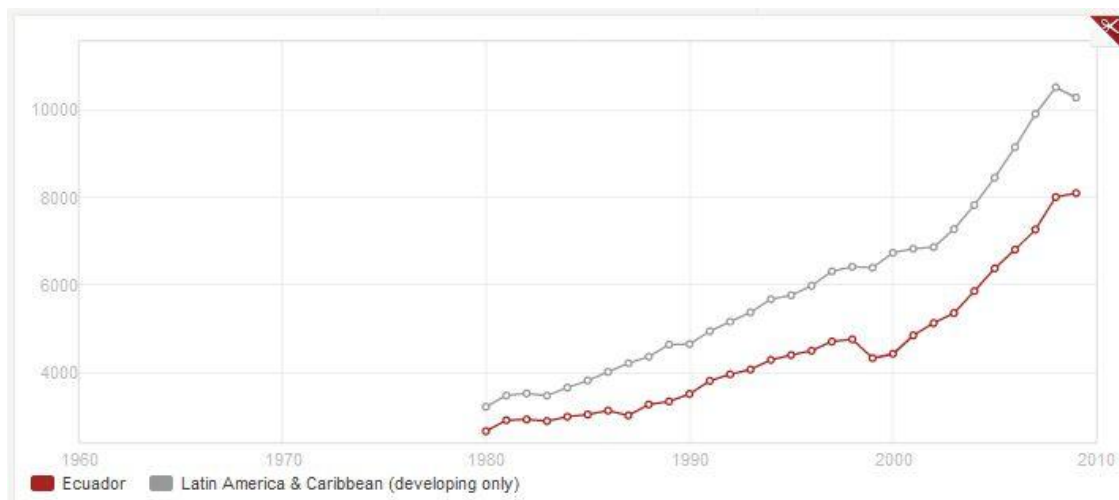
s/f (2005). *FEIREP: polémico trasteo de recursos fiscales* en *Diario Hoy* (Ecuador): 16 de junio de 2005.

Thomas, Sari (1998). *Dominación e ideología en la cultura y en los estudios culturales*. En *Economía política y estudios culturales*. España: Bosch Casa Editorial.

Williams, Raymond (2001). *Cultura y sociedad: 1780 – 1950, de Coleridge a Orwell*. Buenos Aires: Nueva Visión.

ANEXOS

Cuadro 1. Incremento del PIB (per capita) del Ecuador y América Latina.

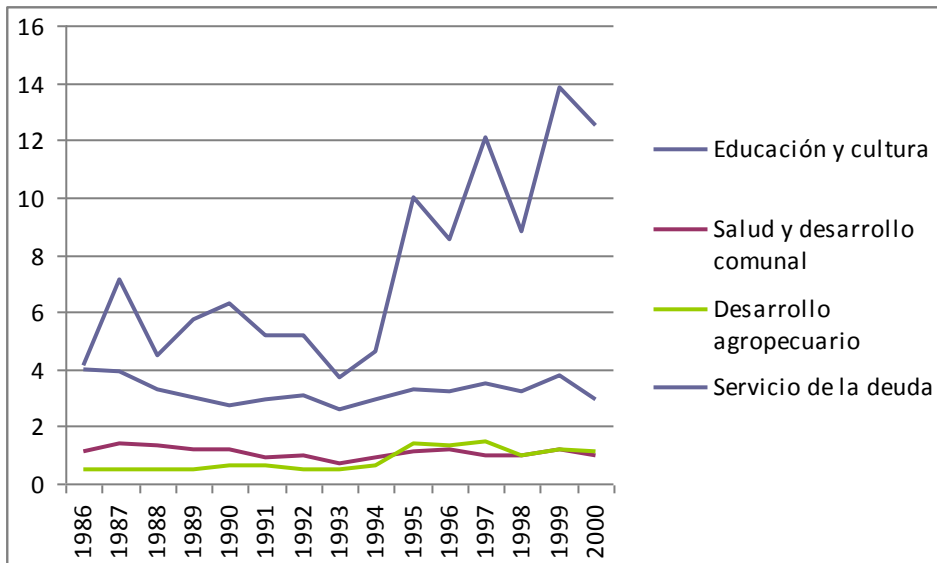


Fuente: World Bank Data (<http://data.worldbank.org/>)

Cuadro 2. Evolución del Coeficiente de GINI.

COEFICIENTE GINI (1995 - 2005)	
	Coeficiente Gini
95	0,539
96	0
97	0
98	0,57
99	0,58
2000	0,56
2001	0,59
2002	0
2003	0,56
2004	0,56
2005	0,55

Cuadro 3. Inversión del PIB en función de servicios básicos y deuda externa

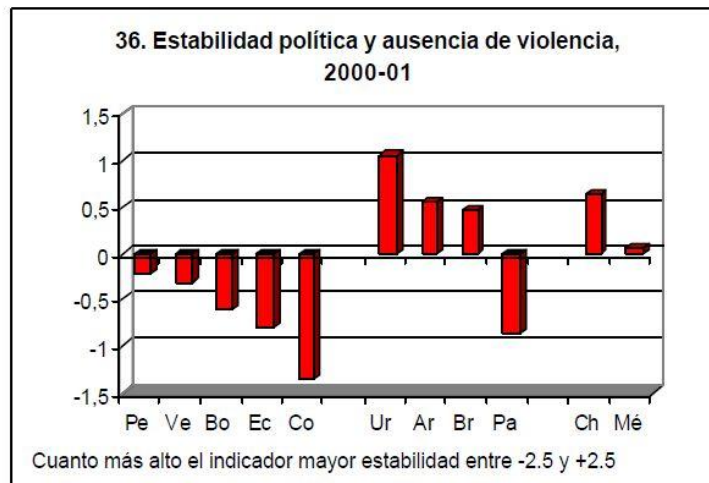


Fuente: Banco Central del Ecuador.

Cuadro 4. Estabilidad política y ausencia de violencia en Ecuador y América Latina (2000-01)

22. Estabilidad política y ausencia de violencia, 2000-01

Países	(-2,50 a 2,50)
Pe	-0,23
Ve	-0,33
Bo	-0,61
Ec	-0,80
Co	-1,36
Ur	1,05
Ar	0,55
Br	0,47
Pa	-0,87
Ch	0,63
Mé	0,06



Fuente: Informe de la CAN